

que yo he hecho. Este Bolton es un completo imbécil y ante sus ojos he quedado un corresponsal de la guerra del «New-York Herald».

Ante esta reflexión se alejó completamente seguro.

Durante algún tiempo cabalgó como si su intención fuera unirse al cantón de los húsares.

Pero después de haberse alejado como medió kilómetro, torció á la izquierda, subió un «Kloof» y se introdujo en la región que después de las indicaciones de Bolton sabía se hallaba desguarnecida de tropas inglesas.

Seguro de no ser perseguido, lanzó su caballo á galope.

El día declinaba.

A la vuelta de un desfiladero. Simpson vió un montículo que se levantaba ante él, á la distancia próximamente á una milla.

Miró con sus gemelos la cima del «Kopje».

A pesar de las brumas de la noche destacábanse formas humanas que se movían.

—¡Bueno!—pensó—. Me he extraviado. He ahí el lugar donde voy á encontrar al señor Donegal, á la señorita y á sus amigos.

Para evitar una confusión que hubiera podido arrancar, para su persona, desagradables consecuencias. Simpson moderó el paso del caballo, siguiendo su camino.

Quince minutos después era cogido y amordazado y conducido á la presencia de Van Berkel.

Tales fueron las aventuras del policía Simpson desde que hubo abandonado á sus clientes á bordo de «La Florida» en la bahía de New-York.

Este relato lo hizo de un tirón y sin envanecerse de sus hazañas.

Todos lo habían escuchado con gran atención.

—¿Eso es todo lo que sabéis?—preguntó el señor Donegal, cuando hubo terminado.

—Esto es todo.

—Habéis trabajado bien, Simpson. Voy á firmar en un cheque el resto de lo precedido.

Al decir al señor Donegal que nada se le había escapado de lo referente á los hermanos Blackbaern, Simpson se engañaba.

No podía estar al corriente del incidente que había tenido lugar en la quinta de Saudman después de su marcha.

Y sin embargo, este incidente debía tener una capital influencia en los destinos de nuestros héroes.

Es, pues, indispensable que lo hagamos objeto del siguiente capítulo.

IV

Ahora bien: he aquí lo que Simpson no sabía.

Después de la marcha del falso corresponsal, el capitán Agustín Bolton satisfecho de sí mismo, fué sin melindres á ocupar el asiento del abuelo, extendió sus piernas sobre las ascuas del hogar y mandó á una de las jóvenes atizar el fuego.

En aquel momento el sargento que había presidido las pesquisas ordenadas hizo su entrada trayendo en la mano una maletita.

—¡Y bien!—preguntó Bolton.

—Nada, mi capitán. Estos aldeanos son verdaderos avaros: no tienen ni un tarro de cerveza ni una redoma de «whisky».

—¡Ah infames, quieren condenar á un honrado oficial de su majestad á morir de sed! ¡Acaso no hayas buscado bien Kil.

—Pido perdón á vucencia, nuestros dragones han vuelto y como si nada.

—Y aparte los refrescos de que esas